



NIÑOS CÉLEBRES.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

Bernardino Enrique de Saint Pierre nació en el Havre de Gracia en el año de 1737.

Desde la edad más tierna mostró este niño una exquisita sensibilidad, una viveza de imaginación que se exaltaba con la velocidad del rayo, y sobre todo, una reflexión tan singular para observar las bellezas de la naturaleza, que aún los mismos enemigos de Mr. N. Saint Pierre le profetizaban que su hijo sería un día la gloria de la Francia.

Hallándose un día en el cuarto de tocador de su madre, y habiéndole ésta reprendido ligeramente por una falta que no había cometido, Bernardino se sofocó, perdió la serenidad, y con ella el respeto á su madre: ésta, que creyó muy prudente castigarle privándole de salir con ella á

paseo, le hizo encerrar en un cuarto y salió con sus criadas.

Engañado en sus esperanzas de salir á paseo, condenado por una falta de que era inocente, Bernardino no cesó de llorar y protestó con todo el orgullo de la verdad contra tamaña injusticia.

Viéndose ya solo se puso á rezar confiando en su inocencia; pero con una fe tan ardiente, con unas palpitations tan religiosas, que empezó á creer que Dios iba á operar un milagro para hacer ver su inocencia á toda su familia.

Entre tanto iban pasando las horas del paseo, y el milagro no se operaba; Bernardino se desespera, y cansado de rezar inútilmente, acusa á la Providencia y á su destino, y en la exaltación de su cerebro se es-

fuerza en persuadirse de que no hay Dios.

Abrumado con este ateísmo, que deja siempre el alma llena de amargura, fijó los ojos en la ventana que tenía enfrente, y volvió á llorar.

Un hermoso rayo del sol poniente penetró entónces por la ventana y cayó á plomo sobre el rostro inteligente de Bernardino.

A la vista de aquella claridad pura y radiante que inundaba la atmósfera y la habitacion con su reflejo de oro, el niño sintió correr por todo su cuerpo una agitacion febril, y lanzándose hácia la ventana con un sentimiento de adoracion, exclamó:

—¡ Hay Dios! ¡ Hay Dios!

Tal fué su infancia, y tal fué toda su vida: jamas un niño de nueve años comprendió mejor las bellezas y fenómenos de la naturaleza: estas bellezas despertaron sus primeras emociones y ocuparon sus últimos pensamientos.

Desde la edad de ocho años cultivaba su jardinillo con toda la atencion de un botánico, observando la sucesion de las yemas, las flores y los frutos con la mayor escrupulosidad.

Pero sobre todo, los animales eran los que fijaban más su atencion. Hallándose en Rouan, en compañía de su padre, se pararon ambos ante las lindas flechas de la catedral, cuya altura y elegancia son incomparables. Mr. de Saint Pierre estaba extasiado contemplando las torrecillas y cresternas, permaneciendo largo tiempo con la cabeza levantada. Enrique le-

vantaba tambien la suya, pero era para observar las golondrinas que anidaban en la torre.

Mr. de Saint Pierre, que atribuía el éxtasis de Enrique á la grandeza del edificio, le tocó en el hombro diciéndole:

—¿Qué te parece de toda esta majestad, querido Enrique?

—Que vuelan bien alto, querido padre.

Todos los presentes se echaron á reir, y su padre le trató de imbécil.

—Si eso es ser imbécil, respondió Enrique, lo seré siempre, porque vale más para mí el vuelo de una mosca que la columnata del Louvre.

El sentimiento religioso, que habia desde muy pequeño empezado á echar raíces en su alma, se desenvolvió con más fuerza con la lectura de libros piadosos, entre ellos el *Año Cristiano*.

Exaltada su imaginacion con los frecuentes milagros, se persuadió de que la Providencia socorria siempre á los que la invocaban, y resolvió abandonarse á Dios apénas los hombres le diesen un motivo de quejá.

La ocasion no tardó en presentarse, pues teniendo entónces nueve años, asistia á la cátedra de gramática latina, y se sabe la opinion de cruel que tiene en todas partes el dómine.

El de Bernardino le amenazó con azotarle un dia si no sabía perfectamente su leccion, y el niño se resolvió entónces á decir adios al mundo y vivir en los bosques como un ermitaño.

Por la mañana se levantó tranqui-

lamente, guardó con cuidado una parte de su almuerzo, se deslizó por algunas calles excusadas y salió del Havre.

Dichoso al verse libre, sin cuidados por el porvenir, Bernardino se entregó con todo su entusiasmo á bendecir y observar la naturaleza, que le parecía estar llena de prodigios.

La campiña fresca y floreciente, los árboles, las praderas y las colinas que se destacaban ante su vista, le hacían creerse el hombre más feliz de la tierra gozando todos los bienes del paraíso.

Deslumbrado por aquellos horizontes, marchó Bernardino como un cuarto de hora sin abandonar el florido sendero, que le condujo dulcemente á la entrada de un bosquecillo, cruzado por pintorescos arroyuelos.

Habiendo resuelto quedarse en aquel bosque, que á sus ojos parecía un desierto muy á propósito para los anacoretas, pasó el resto de la mañana en la más dulce ociosidad, cogiendo flores y escuchando el canto de los pájaros. Llegó el mediodía, y con él el hambre; entónces, viéndose sin alimento, cogió moras de los zarzales, arrancó algunas raíces, y después de haber devorado aquella comida frugal, se puso á rezar y á recordar todo lo que había leído de los santos eremitas, figurándosele que iba á aparecersele algún ángel y á conducirle á alguna gruta misteriosa.

Bernardino esperó lleno de fe, pero

el día declinaba; el sol se había escondido ya, y las aves, recogidas en las ramas de los árboles, anunciaban la proximidad de la noche.

La fe de Bernardino era tan ardiente, que por nada desfallecía; de manera que ya se había decidido á pasar la noche al pié de un árbol, cuando distinguió á la entrada del bosque á su buena criada María Talbot, que le llamaba á grandes gritos. Su primer movimiento fué internarse y huir por los bosques; pero las ardientes lágrimas de alegría que vertía aquella pobre muchacha al encontrarle, le hicieron pararse, y echándose también á llorar, se arrojó en sus brazos.

María le estrechó con efusión, refiriéndole las inquietudes de sus padres al ver que no llegaba á la hora de comer; que le habían buscado en la escuela, en la vecindad, y por último, en los alrededores, donde al fin habían logrado saber que le habían visto tomar el camino del bosque.

María le colmaba de caricias, y Bernardino, que recordando á su familia había empezado á perder la vocación, se decidió al fin, aunque con sentimiento, á renunciar á su vida de anacoreta.

Al volver á su familia, Bernardino se vió abrumado de caricias y presentes de sus amados padres, que le preguntaban con curiosidad de qué pensaba alimentarse en los campos.

Bernardino contestaba lleno de fe: — Dios habría cuidado de enviarme un cuervo que me trajese el alimento, como hacía con San Pablo.

Después de haber pasado largo tiempo en un colegio, donde todos sus gustos y ocupaciones revelaban al naturalista, Bernardino volvió á la casa paterna, desde donde salió para Normandía en compañía de un capuchino llamado el hermano Pablo, que iba á hacer á pié una caminata de quince dias.

A pié, con un nudoso baston en la mano, atravesó Bernardino la Normandía, ya precediendo ó siguiendo al hermano Pablo.

Durante este viaje, Bernardino se acomodaba perfectamente á la vida errante; aquel placer de observar la naturaleza, ser libre y dormir en los conventos, hizo concebir á Bernardino la idea de hacerse capuchino, y así lo comunicó seriamente á su familia.

Mr. de Saint Pierre, que se preciaba de descender del famoso Eustaquio de Saint Pierre, suplicó á su hijo que desistiese de semejante idea y fuese con su tio á hacer un viaje á las Antillas, donde podria hallar ocasion de alcanzar un buen nombre y una buena fortuna.

Pocos meses después, Bernardino se embarcaba para la isla de Francia.

A la vista de aquella naturaleza tan espléndida, el entusiasmo de Bernardino no tuvo límites: hasta entonces no habia hecho más que observar y admirar la naturaleza, rindiéndola una especie de adoracion; pero desde aquel momento ya no fué posible á su genio permanecer mudo, y se decidió á pintar lo que veia, revelando al mundo un gran escritor.

Pablo y Virginia, linda página de las costumbres de la isla y armonías de la naturaleza, escrita en aquel jardin de bellezas naturales, atestigua la candidez de alma y el sentimentalismo de la imaginacion de Bernardino de Saint Pierre.

Desde esta época, su vida, hasta entonces oscura y tranquila, empezó á correr entre las ambiciones y los disgustos de la córte.

Vuelto á París en 1770, publicó *Pablo y Virginia* con un éxito brillante; imprimió sus *Memorias sobre la isla de Francia*, y las vendió en cuatrocientos mil reales; puede, por esta cantidad, juzgarse el entusiasmo del público.

Casado con la señorita Didot, fué nombrado en 1782 intendente del Jardin Botánico y del gabinete de *Historia Natural*, recibiendo de Luis XVI una gratificacion de mil doscientos francos anuales.

En 1794 fué nombrado por la revolucion profesor de moral de la Escuela Normal de París, retirándose después á Epagny, pintoresca aldea sobre el Loire, donde falleció el 21 de Enero de 1814.

Bernardino de Saint Pierre, notable por sus conocimientos, lo es más todavía por haber conservado en su larga vida los dos bellos sentimientos contraídos en su infancia.

La fe religiosa y el amor á la naturaleza, como hemos dicho más arriba, hicieron despertar sus primeras emociones y embalsamaron sus últimos dias.

R. ARMIÑO DE CUESTA.



GATO POR LIEBRE.

Á un meson, en una aldea,
 Hambriento llegó un hidalgo;
 Pidió de cena una liebre,
 Y le sirvieron un gato;
 Vió la piel en la cocina,
 Y conociendo el engaño,
 Fué en busca del mesonero,
 Que estaba muy descuidado;
 Le puso en el cielo el grito,
 Y en las costillas el palo;
 Pide el mesonero cuentas,
 Y le contesta enojado:
 «¡Ese castigo merece

El que da por liebre gato!»
 Micifuf, que le escuchaba
 Sobre el fogn recostado,
 Se enfurruña, y dice al punto:
 «¡Es atrevido el hidalgo!
 Pero no es suya la culpa,
 Porque las liebres del campo,
 Para celebrar su carne,
 Á la nuestra inspiran asco.
 ¡Es *casus belli!* ¡Venganza
 Pide el honor de los gatos!»
 Sus largas uñas afila,
 Y entra en un soto gritando;

Timidas siempre las liebres,
 Al ver al fiero gatazo,
 En sus madrigueras, todas
 Por miedo fueron entrando;
 Micifuf se encuentra solo,
 Con su intento malogrado,
 Y en tono de paz pregona
 Que va como amigo al campo
 Para aclarar cierto punto
 Que á todos conviene al cabo.
 La república lebruna
 Pone á discusion el caso,
 Y al fin acuerda que salgan
 Diez ó doce diputados
 Á conferenciar en forma
 Con el terrible gatazo.
 Éste los recibe, haciendo
 Con las costillas un arco,
 Y se relame: saludo
 Muy propio de cortesanos;
 Mirlóse, y dijo: — « Vecinas,
 Me habeis desacreditado.
 — ¡ Es imposible! una liebre
 Contesta casi temblando;
 Diga vuestra señoría
 Las razones de su enfado,
 Y satisfaccion completa
 Al punto sabremos daros.
 -- Pues las diré: hay mesoneros
 Que se permiten, en cambio
 De vuestra carne plebeya,
 Poner la nuestra en el plato.
 -- Mas no culpeis á las liebres
 Por ese desa-guisado.
 — Sé que siempre el que nos come
 Se enfurece y siente el asco,
 Diciendo con menosprecio
 Que le dan ¡ por liebre gato!
 — Esas son apreciaciones.
 — ¡ Insultos son! ¡ Voto al diablo! »,
 Grita Micifuf rabioso.
 Entonces sale un lebrato
 Con antiparras y borla,
 Novísimo licenciado,
 Y dice: — « Propongo un medio
 Para resolver el caso.
 Segun las gentes glotonas,
 Es la liebre un buen bocado;

Mas como despues de muerta
 Se parece mucho al gato,
 Un ejército felino
 Podeis mandar á estos campos;
 Los caballeros gatunos,
 Con piel de liebre forrados,
 Se encontrarán perseguidos
 Por lebreles y por galgos,
 Y el cazador, con su plomo
 Les irá la muerte dando.
 Y cuando crédito gane
 Vuestra carne en el mercado,
 Escribiré un tomo en fólio
 Con muchas notas, probando
 Que la carne más sabrosa
 Es la carne de los gatos. »

La comision del Congreso
 Con una salva de aplausos
 Acogió el grave discurso
 Del flamante licenciado;
 Pero Micifuf se enrespa,
 Y así contesta maullando:
 -- « La sinrazon es notoria
 De ese proyecto menguado.
 — Para acreditar la carne
 Teneis que llevarla al plato,
 Le contesta un demagogo;
 No hay atajo sin trabajo.
 — ¡ La mejor razon la espada!
 Grita Micifuf. ¡ Santiago
 Y á ellos! » Y clava las uñas
 En el novel licenciado;
 De un mordisco el demagogo
 En la lucha pierde el rabo;
 Á éste hiere, al otro mata;
 Siembra en la fuga el espanto;
 Y á poco deja cubierto
 De cadáveres el campo.
 Contento al meson regresa,
 Y al-entrar dice: « He probado
 Que la carne de la liebre
 No es mejor que la del gato. »

Hay muchos que sus torpezas
 Quieren imponer á palos,
 Sin ver que son las razones
 La fuerza de los Estados.

TEODORO GUERRERO.

EL PÁJARO AZUL.

(CONTINUACION.)

No os podeis figurar, queridos niños, el enojo de la Reina al oír las palabras de cortesía del jóven monarca dirigidas á Florina. Dió por terminada la presentacion, y se llevó á las princesas. Laindina iba ciega de rabia, y más fea que nunca. Florina iba serena y humilde como siempre.

No podia figurarse cuánto la haria sufrir la venganza de su madrastra. Ésta la condujo, despues de dejar á Laindina en sus habitaciones, á una elevadísima torre, donde la encerró, diciéndole que no saldria de allí hasta que el rey Hermoso se hubiera casado con su hija.

Allí estuvo la pobre hermosa princesa muchos dias, y todos recibia la visita de su madrastra que iba á gozarse en su martirio. Entre tanto el rey Hermoso la buscaba en vano por todas partes, y el Rey, su padre, la lloraba por muerta, pues la Reina le habia hecho creer que la princesa habia desaparecido, y sin duda se habria ahogado en un pantano que allí cerca habia, donde el que ponía el pié se hundia y nunca más volvia á salir de él.

El rey Hermoso habia comprendido cuanto odiaba la Reina á la princesa, y no creia semejante fábula; en vano le querian persuadir de que

era cierta la desgracia de Florina, y le excitaban á casarse pronto con la monstruosa Laindina. Negábase á contraer semejante enlace, desesperando así á la Reina que veia cada vez más difícil la realizacion de sus propósitos.

Un dia paseábase el rey Hermoso por el campo, lleno de pena, cuando se le apareció una graciosa jóven, muy ricamente aderezada con su vestido de cola tamaña, que sostenia en sus manos un escudero enano, que daba miedo verle.

—¿Qué pesar te apena? preguntó la jóven al rey Hermoso.

—El que tú no puedes consolar, contestó éste.

—¿Quién sabe?... Si tu pesar es no conocer lo que ha sido de Florina.....

—Ése es, en efecto. Dime, por Dios, si tú conoces el sitio donde se halla.

—Lo conozco.

—¿Dónde es?

—En aquella torre que ves allí, en un ángulo del palacio, pero no podrás llegar allá nunca.

—La voluntad todo lo puede.

—Únicamente hay un medio de que subas á la ventana de la habitacion donde está Florina.

—¿Cuál?...

— Convertirte en pájaro.
 — Eso es imposible.
 — No tanto como crees.

— ¿Quién tiene poder bastante para hacer semejante prodigio?
 — Yo, si te conformas á ser pájaro.



La hada.

— ¿Por mucho tiempo?...
 — Por el que tú quieras.
 — ¿Quién eres que así deseas servirme?

— Soy la hada protectora de las doncellas virtuosas como Florina, y de los príncipes generosos y nobles como tú.



..... vió venir al pájaro azul..... (Pág. 105.)

Y en el mismo instante la hada tocó con su varita al monarca que, instantáneamente se convirtió en un

precioso pájaro azul como nunca se había visto otro en el mundo.

Voló el pájaro, rápido como una

flecha, á la ventana de la torre donde estaba Florina, y allí se estuvo cantando con una preciosísima voz toda la tarde. Florina estaba muy triste, y apenas se fijó en el pájaro azul, pero los días siguientes volvió á cantar sobre la repisa de la ventana, y Florina no pudo menos de acercarse á admirar su bello plumaje.

Y lo que llamó extraordinariamente la atención de la princesa fué que todas las mañanas encontraba en la ventana flores, anillos, medallones ricos y otros regalos que solamente el pájaro azul pudiera llevar á aquel sitio. En efecto, el rey Hermoso era quien todos los días cogía en el pico algún rico objeto de los



..... se le apareció una viejecita..... (Pág. 106.)

que había traído en su equipaje y lo llevaba allí, suponiendo que así la princesa llegaría á conocer que era él, bajo la figura de un pájaro, quien acudía á consolarla en su desventura. No sospechó esto la doncella, que no podía imaginar que un hombre se pudiera convertir en pájaro, pero creyó que éste era enviado por el joven monarca. Todos los días al caer

de la tarde llegaba el pájaro á la ventana y se dejaba coger y acariciar de la princesa, que hallaba consuelo con la visita de un animalito tan dócil é inteligente, sin sospechar la verdad.

La Reina, al ver más contenta á Florina, sospechó algo y la espió. Una tarde, escondida detras de una cortina, vió venir al pájaro azul y

advirtió la alegría con que lo recibió la inocente cautiva.

Ya comprenden los niños lectores que odiando tanto como odiaba la Reina á la hermosa princesa, se pondría privarla de las visitas de aquel hermoso pájaro que la distraía en sus penas. Llamó, pues, á los mejores arqueros del Rey, y ofreció una gran recompensa á quien cazara un pájaro azul que solía volar alrededor de la torre.

Pero aunque era mucha la destreza de los arqueros del Rey, y la codicia del premio les empeñaba en la empresa, ninguna flecha llegaba al pájaro azul, que se burlaba grandemente de los esfuerzos de sus perseguidores.

La malvada mádrastra, viendo que eran infructuosos los esfuerzos de sus arqueros para matar al pájaro azul, que ya sospechaba, porque tenía algo de bruja aquella mujer, que el pájaro y el rey Hermoso eran uno

mismo, fué una noche, y sacando cautelosamente de la torre á la princesa, después de vestirla de pobre pastora, la llevó á un sitio extraviado cerca de los terribles pantanos, donde parecia sin remedio quien pusiera el pié sobre alguno de ellos, y allí la dejó abandonada.

La pobre creyó que habia llegado su última hora, y al amanecer quiso en vano salir de aquel sitio; no veía senda alguna por donde dirigirse á la ventura.

Mas de repente se le apareció una viejecita, que no era otra que la hada que habia convertido en pájaro al rey Hermoso, la que la tranquilizó, dándole esperanzas halagüeñas de que su virtud y su inocencia triunfarian de la vanidad, la soberbia y la envidia de su madrastra y de la princesa Laindina, cuya alma era todavía más fea y más ruin que su cuerpo.

(Se concluirá.)

DESCRIPCION GEOGRÁFICA DE ESPAÑA.

LECCION VII. ⁽¹⁾

En la leccion anterior dijimos que el *hombre* cierra la escala zoológica, considerado como sér de la naturale-

za que tiene vida orgánica y libertad de movimientos.

Pero considerado aisladamente, como debe considerársele, puesto que Dios ha hecho de él el rey de la creacion, es decir, el sér superior de toda ella por sus dotes de inteligencia,

(1) La leccion anterior lleva el número V, debiendo llevar el VI. No sé si fué error del autor ó de la imprenta.

el estudio de este sér, del *hombre*, constituye una ciencia especial que se llama *Antropología*.

El hombre de España, el *español*, pertenece á la misma especie que todos los hombres que habitan el planeta *Tierra*. Las diferencias que entre ellos existen dependen de las diferentes latitudes en que nacen y viven, de los rigores de las estaciones en los diferentes países, de los grados de civilizacion que alcanzan, de las mezclas de razas y de otras más subalternas.

Sentados estos preliminares, vendremos al objeto de esta leccion, que es la descripcion de los españoles, como parte integrante y la de más importancia de esta parte del mundo que se llama España.

FIGURA Y CARÁCTER DE LOS ESPAÑOLES. El terreno y el clima determinan por lo comun la figura de los naturales de un país, aunque lo formen razas mezcladas, que al cabo de pocas generaciones se funden en una y determinan más particularmente los instintos y el carácter.

De grandes desfiladeros y montañas la tierra de España, casi cerrada al resto del Continente europeo por su áspera frontera del Norte, ha sido, no obstante, invadida diferentes veces en su vida histórica y poseida por razas extrañas; pero, excepto una, ha recibido siempre con gran coraje á las invasiones y se ha defendido con tanto denuedo como perseverancia. Así lo veréis en la historia.

Los españoles son, por lo comun, robustos, aunque no muy altos,

exceptuando algunas localidades en que son numerosas las grandes estaturas.

El color de la tez obedece á leyes de clima y de mezcla, viéndose desde el blanco de los escoceses hasta el moreno del mulato. La misma variedad se observa en el cabello. Mas como en esta materia el sello lo imprime el mayor número, se puede decir que los españoles son generalmente de un moreno claro que se llama trigueño, y el cabello más comun es el castaño en todos sus grados. Los ojos son en esta proporeion: pardos, melados, garzos, verdosos, negros y azules.

En lo que no llegan á los españoles los hombres de las demas naciones es en la soltura de los movimientos, en la gracia del continente, en el aire marcial y decidido.

Las mujeres españolas suelen ser más graciosas que hermosas, siendo notables sus ojos y sus piés. Hay ciertas poblaciones en que la belleza de las mujeres es sobresaliente. Han ejercido siempre gran influjo sobre los hombres, lo que prueba que ellas son atractivas y espirituales y los hombres nobles y galantes.

Respecto al carácter varía un tanto segun las comarcas, teniendo, sin embargo, de comun el amor á la independencia y la altivez. Las buenas condiciones suelen degenerar un tanto entre los habitantes de las grandes ciudades, efecto de cierta clase de cultura que afemina y de la mayor facilidad de satisfacer pasiones malsanas.

La materia de que trata esta lección es demasiado interesante y conviene dividirla en dos. En la próxima observaremos las diferencias que imprime al carácter nacional la va-

riedad de climas, la vária historia y hasta las preocupaciones, que son debilidades de nuestra especie sobre la tierra.

M. M. CABALLERO DE RODAS.

LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

LA RECONQUISTA.

XX.

Los españoles que al verse arrojados de su patria por los sarracenos se habian refugiado en los más ásperos montes de Astúrias, de Cantabria y de las Provincias Vascongadas, no pudieron contemplar con indiferencia cómo se establecian en la península razas nuevas, que traian otras costumbres, otras leyes y otra religion, tan diverso todo de lo suyo. De pronto tuvieron que esperar y sufrir, que no se preparan en pocos años los elementos necesarios para una restauracion, pero al fin, puestos de acuerdo los más animosos, avergonzados de la sorpresa y de la derrota del Guadalete, llenos de entusiasmo por la religion que habian heredado de sus padres, y anhelando volver á sus antiguos hogares, eligieron por caudillo á don Pelayo, que tomó sobre sí la colosal empresa de restaurar la aniquilada patria. Rodeábale un puñado de va-

lientes, pero aquel puñado se convirtió poco á poco en un ejército, que bajando á las llanuras derrotó diversas veces á los moros, y puso en consternacion al gobierno árabe de la metrópoli; y lo que tantos se dejaron perder, dice un historiador antiguo, estos otros bastaron á ganarlo, llevando la espada, aún caliente de la sangre de unos bárbaros, á limpiarla en los cuellos de otros moros, y sin llegar á deponer las armas en ocho siglos, consiguieron eternizar su gloria.

Primeramente no fueron más que caseríos y aldeas los que cayeron en poder de los compañeros de Pelayo, pero más adelante conquistó á Leon, que desde entónces se dice quedó por emblema de escudo de los reyes de España. Casi al propio tiempo los españoles que se retiraron á los montes Pirineos creyeron tambien no ménos digno que necesario el congregarse á las órdenes de algun caudillo, bajar á las llanuras y reconquistar el terreno perdido, aunque fuese á costa de cien combates,

y palmo á palmo. Nombraron éstos por caudillo á Garci Jimenez, reuniéndose para tan patriótico objeto en la capilla de San Juan de la Peña, en el monte Uruela, junto á Jaca, y no tardando en apoderarse de Sobrarve, fueron ya dos los enemigos de los sarracenos, que desde las cumbres del Norte les amenazaban ansiosos de vengarse.

Todavía, si bien algunos años despues, se presentaba á los árabes españoles otro enemigo, que no debían despreciar, porque todo su afán consistía en reconquistar y crecer en poderío. Nos referimos á los cristianos de Cataluña, que tampoco habían mirado con indiferencia la pérdida total de España. Allí fueron los condes de Barcelona los que estableciéndose como tales en esta ciudad, y batallando cada día, fueron ensanchando poco á poco su territorio, para venir, con el trascurso del tiempo, á enlazarse con los reyes de Aragon, como veremos más adelante.

La santa enseña de la reconquista estaba ya enarbolada, primero en Astúrias, despues en Navarra, despues en Cataluña. A formar agueridos batallones corrian los jóvenes de todas aquellas comarcas, y cada

campo que arrebatában de nuevo al invasor, cada bosque que enclavaban en el terreno que iban haciendo suyo, se veía defendido por pequeños pero fuertes castillos, que los vencedores levantaban á toda prisa en lo más alto de las cumbres para no perder lo conquistado, y atisbar desde allí las correrías de los moros. A consecuencia de estas construcciones, de estas numerosas atalayas y puestos adelantados de defensa que entónces se construyeron, se llamó tierra de los castillos, y al fin *Castilla*, una gran extension de España, y tambien pasó su castillo al escudo de los reyes de Leon, formando ambas empresas el escudo de armas de España.

No es muy facil reseñar con brevedad todos los acontecimientos que ocurrieron, para que tan animosos antepasados nuestros volviesen á reconquistar lo perdido, porque fué empresa que duró nada ménos que ochocientos años, pero haciendo la debida indicacion de todo lo principal, veremos en artículos sucesivos, cómo fueron extendiéndose por España los asturianos y leoneses, los navarros y aragoneses, y los catalanes.

JANER.

PENSAMIENTOS.

La economía no consiste tanto en gastar poco como en conservar cuidadosamente lo que se posee.

La esclavitud es una gran desgracia, pero el esclavo más desventurado es el esclavo de sus vicios.

MARIQUITA LA LLORONA.

¿Habeis comido alguna vez el *rico y fino requeson de Miraflores de la Sierra?*

De fijo que no queda uno sólo de vosotros, mis queridos niños, que no conteste en el acto:

— Yo sí; yo tambien.

Pues bien; en ese pintoresco pueblo, en el mismo Miraflores de la Sierra, hay dos hermanitas cuyos caracteres son diametralmente opuestos, supuesto que miéntras Luisa es prudente, juiciosa y sufrida, Mariquita es impertinente, enredadora y llorona.

Y es el caso que llegó el dia del santo de una tia de ambas niñas, la cual en un arranque de generosidad, un tanto superior á los medianos recursos con que aquella buena mujer cuenta para subsistir, les regaló la cantidad necesaria para que su madre les comprára unos vestiditos nuevos, que habian de estrenar precisamente el dia del apóstol Santiago, patron de España.

Parecia natural que al tener noticia de hecho tan importante, se pusieran las dos hermanas más contentas que unas castañuelas; y lo que es Luisa, no solamente se alegró, sino que colmó de besos á su buena tia. Pero Mariquita en cambio, sin cuidarse para nada de la desprendi-

da señora, preguntó inmediatamente á su madre:

— ¿De qué color va á ser el mio?

Y como ésta no supiera contestarla en el momento, echó á llorar la chicuela, diciendo entre sollozos:

— Yo lo quiero morado, yo lo quiero morado; y costó gran trabajo enjugar aquellas insensatas lágrimas.

No creais, sin embargo, que terminaron aquí sus impertinencias, sino que desde entónces hasta que el vestido estuvo hecho y probado cien veces, lloró Mariquita más de doscientas, ahora porque se lo iban á probar, despues porque no se lo probaban, más tarde porque le estaba largo, ó porque le estaba corto, y finalmente, porque el color morado ya no le agradaba.

Así es que consumió la paciencia de su pobre madre ántes que llegára el ansiado dia de Santiago, que tambien fué causa de algunas lágrimas, porque no venía tan de prisa como la niña deseaba.

Pero llegó; y aquí te quiero, escopeta. Sobre si he de ser yo, ó ha de ser mi hermana la primera que se vista, armó Mariquita tal bataola, que se oian sus quejas desde las afueras del pueblo; y fué tan grande el escándalo á que dió lugar, que ya se

disponían á encerrarla en la cárcel.

Felizmente para ella no tuvo esto efecto, gracias á la influencia de su tía; y por fin, se vistió, y el bienaventurado trajecito salió á la calle.

Al principio iba Mariquita tan campante, y no permitía que las otras niñas se acercasen á ella; mas no tardó en olvidarse de sus atavíos y ceder á los impulsos de su carácter revoltoso. Sus juegos eran comunmente más propios de muchachos traviesos que de niñas juiciosas; y hé ahí que tuvo la mala ocurrencia de ir á coger zarza-moras, por más que áun estuviesen verdes.

Agil como un gato montés, trepó por las paredes que cercan los campos y los huertos, dando mal ejemplo á sus compañeras, en tanto que Luisa estaba en casa de su tía para que ésta la viese tan arregladita con las nuevas galas.

Pero hé aquí que, como nos dice el proverbio, quien mal anda mal acaba, y al tender el brazo para coger una mora más agria que su mismo genio, perdió Mariquita el equilibrio y rodó por entre las piedras de una cerca, desgarrándose el vestido, hiriéndose en el rostro y las manos y cayendo en un lodazal.

Derrumbándose de aquel modo

parecía que iba á estrellarse; y la verdad es que, en los brazos tuvieron que llevarla hácia su casa sus mismas amiguitas, medio atolondrada por el susto y el golpe. Pero sus quejidos, sus voces, sus alaridos eran tales, que á gran distancia los percibió su madre; la cual, con el instinto del cariño, que solamente puede sentir una madre, comprendió que ocurría alguna cosa extraordinaria, y corrió azorada á buscar á su hija.

Al verla en aquella disposición, su espanto fué terrible, y llamó inmediatamente al médico.....

Por dicha, la incauta criatura sólo había sufrido algunas contusiones de poca monta.

En cuanto al vestido.....

Era tal su estado, que reclamaba una buena mano de azotes para Mariquita; pero su dolorosa situación la libertó de recibirla.

La buena Luisa quiso entónces regalarle el suyo que era enteramente igual al desgarrado; mas no lo consintieron su madre ni su tía; y por más que llora cada vez que se lo ve puesto á su hermana, Mariquita sufre el justo castigo de su travesura y mal carácter, así como Luisa goza del premio de su formalidad y buena índole.

PEREZ DE LIÉBANA.

LA GRADACION INVERSA.

FÁBULA.

Una suegra cerril, hecha un infierno,
Dijo á su pobre yerno:
«Eres un vagamundo,
Y no te dejo en paz si no te enmiendas;
Y á decírselo voy á todo el mundo,

En España, en Madrid y en Alcobendas.»
Hipérboles tremendas
Cierta declamador tan diestro encaja,
Que cuanto más pondera, más rebaja.
HARTZENBUSCH.



ORACIONES PARA LOS NIÑOS.

AL ACOSTARSE.

Tendido al verme, sospecho
Que está la muerte cercana.
¿Me levantaré mañana?
¿Será mi tumba este lecho?
¡Señor! ten siempre mi pecho
Lleno de tu amor, de suerte
Que no me asuste la muerte;
Venga cuando tú dispongas,
Con tal que al morir me pongas
Donde pueda amarte y verte.

AL LEVANTARSE.

Cantando á la luz del día,
El pajarito bendice,
Porque el instinto le dice

Que es un Dios quien se la envía.
Canta tú más, alma mía;
Tú, que con certeza sabes
Lo que adivinan las aves;
Tú, que, de ese Dios hechura,
Eres tan hermosa y pura,
Que en este mundo no cabes.
Pide á tu divino Autor
Que en la presente jornada
Sea su mano sagrada
Tu seguro conductor;
Que de pecado y error
Tu planta débil aparte;
Y á la noche, al acostarte
Con la conciencia tranquila,
Un ángel cada pupila
Vendrá amoroso á cerrarte.

V. BARRANTES.